

Un museo entre los pinos de la Costa Azul

Noel H. Sbarra

PRIMAVERA de 1965. Deseábamos ardentemente visitar, aunque no fuera sino por contados minutos (como en realidad fue, pues la hallamos cerrada y sólo pudimos entrar gracias a la benévola intervención de una monja dominica que se comidió a acompañarnos), la célebre capilla decorada por Henri Matisse, en Vence.¹ Para ello debíamos dejar la ruta entre Cannes y Niza —la “moyenne corniche”, sobre el Mediterráneo, sin duda uno de los más bellos caminos de Europa, junto con la “grande strada” de los Dolomites— e internarnos en las primeras estribaciones de los Alpes marítimos a la altura de Cagnes-sur-Mer. Pero nos esperaba una emocionante sorpresa: Saint-Paul, una villa medieval de no más de ochocientos habitantes, engastada —es la palabra—, como una gema, en la roca viva. Saint-Paul emerge, como una fantasía pétrea, en el verdeante contorno cuajado de flores. Como que es comarca de floricultores que llevan a vender su preciosa mercancía en los balnearios elegantes de la Costa Azul.

No vamos a hablar ahora de esta encantadora ciudadela fortificada, ni del

hechizo de sus estrechas y silenciosas y empinadas callejas de piedra, ni de sus fuentes humildes, ni de su iglesia Colegiata, que data del siglo XIII, donde puede verse la “Santa Catalina de Alejandría”, del Tintoreto. Queremos contar, en cambio, nuestras impresiones de un insólito museo de arte moderno que se alza en los lindes de Saint-Paul, en medio de un bosque de pinos. Se trata de la Fundación Marguerite y Aimé Maeght, que ocupa parte de la posesión de siete hectáreas que esta pareja de mecenas posee en la colina de Gardettes, a 270 metros sobre el nivel del mar. El paisaje no puede ser más bello, ni más hermoso el edificio ni más nobles los propósitos que inspiraron la creación.

LA FUNDACIÓN MAEGHT

Ignorábamos si la institución podía visitarse libremente. Dejamos, pues, el coche en el cuidado parque y penetramos en el edificio con cierto recelo. Un hombre maduro, de estatura algo más que mediana, de rostro enérgico y simpático, trajeado de “sport” y con un pañuelo de seda al cuello, vino sonriente

¹ Henri Matisse vivió cierto tiempo en Vence, durante la grave enfermedad que le aquejara por los años de la segunda guerra mundial. La pequeña ciudad del Mediodía, vecina a Saint-Paul, está a 350 metros sobre el nivel del mar y desde ella, por encima de las colinas sembradas de pinos, se ve el Mediterráneo, y en las mañanas, al salir el sol, se divisa la isla de Córcega, tal la luz y la diafanidad del aire. Allí, en 1947, se inició la construcción de la capilla del Rosario— destinada a un vecino convento de monjas dominicas—, terminada y consagrada en 1951. Matisse se entregó por completo a su decoración total, creando desde los vitrales y los murales de cerámica hasta los objetos del culto. La capilla —cuyo proyecto se debe al propio Matisse en colaboración con el hermano dominico L. B. Roysiguiet, bajo la supervisión del arquitecto Augusto Perret— es pequeña y blanca, de líneas rectas y armoniosas. Cuando obsequió el oratorio a los dominicanos, el artista, que entonces frisaba en los 80 años, les decía en una carta: “Os ofrezco, con la mayor humildad, esta capilla, que considero la obra maestra de mi

a nuestro encuentro. Nos presentamos; se interesó al saber que éramos argentinos y nos invitó a recorrer la casa, informándonos que se trataba de un museo público, al par que se excusaba de no poder dedicarnos más tiempo, pues estaba ultimando los detalles para la recepción que brindaría, momentos más tarde, a gente de cine que por esos días participaba del Festival Internacional de Cannes. Era Aimé Maeght, director en París de la galería que lleva su nombre y uno de los más importantes editores de libros de arte de Francia.

Es interesante conocer cómo nació esta Fundación, cuyo nombre, leído en una cartela al borde del camino, poco o nada dice al apresurado turista que pasa a su vera. Cuando abatidos por el inmenso dolor que les causara la pérdida de su hijo Bernardo, un niño de diez años, muerto de leucemia, los esposos Maeght se aislaron en Saint-Paul, lejos de todo contacto social, Georges Braque y Fernand Léger, amigos dilectos, indujeron a Aimé a emprender una obra de tal envergadura que se convirtiera, desde ese instante, en el motivo central de su vida. El proyecto consistía en construir allí mismo, en el pinar, en plena naturaleza, un museo moderno —con sus indispensables complementos: biblioteca, servicio de documentación, fototeca y cineteca— y, al propio tiempo, una especie de villa de descanso a la que pudieran concurrir, como invitados, pintores, escultores, filósofos, poetas, escritores, músicos,

que vivirían juntos por largos períodos, trabajando e intercambiando experiencias y puntos de vista.

Aimé Maeght, espíritu sensible y hombre de empresa, aceptó el desafío. Requirió los servicios del notable arquitecto catalán José Luis Sert, profesor en la Universidad de Harvard, quien, a su vez, convocó a su alrededor a diversos artistas estrechamente vinculados a la Galería Maeght. Y trabajando todos en íntima colaboración participaron en la realización arquitectónica de Sert, verdadera integración de las artes.

La Fundación Marguerite y Aimé Maeght tiene una precisa función cultural —“lo espiritual del arte”— y en tal sentido está reconocida como de utilidad pública por el ministerio del Interior, bajo cuya tutela administrativa está colocada, y asimismo por el ministerio de Asuntos Culturales. Ya se sabe cuál es la fórmula jurídica sobre la que se basa este tipo de creación: el “fundador” crea, en vida, una persona moral autónoma, la “fundación”, a la cual lega por acto notarial los bienes, muebles e inmuebles, que le destina y que ésta administra en vista a un interés general, —de carácter desinteresado— definido en sus estatutos de igual modo que los medios para alcanzarlo. En este caso, además de recibir, adquirir, conservar y exponer al público obras de arte y de dar a los artistas, como dejamos dicho, la posibilidad de encontrarse y de trabajar en común, la Fundación deberá servir de marco a

vida, pese a sus imperfecciones, y espero que aquellos que la visiten se purificarán y solazarán”. Posee la capilla tres vitrales —estilizadas hojas de un azul intenso sobre fondo amarillo— y tres azulejos que representan, en esquemáticos dibujos negros sobre fondo blanco, a Santo Domingo, la Virgen con el niño y las estaciones del vía crucis, amalgamadas y numeradas. El altar está constituido, simplemente, por una piedra que perteneciera a un puente romano de Aix-en-Provence. Sobre la mesa, un alargado crucifijo flanqueado por finos candelabros. Encantadora, y sonriente capilla, si las hay. Al punto que uno de los sacerdotes que intervino más de cerca en la realización de esta joya del arte religioso moderno, al ver concluida la obra, exclamó: “¡Por fin tenemos una iglesia alegre!” En efecto, ésta es la impresión que trasmite la capillita de Vence: una pura alegría del espíritu. Como causa la contemplación de toda la pintura del genial maestro “fauve”.

MIRADOR

conciertos, conferencias, coloquios y toda otra manifestación artística y cultural que disponga llevar a cabo El Consejo de Administración que la dirige.

EL MUSEO DE SAINT-PAUL

Componen la Fundación Maeght varios edificios dispuestos en un parque cerrado de una hectárea y media. El más importante de ellos comprende, de un lado las oficinas, la biblioteca y la galería de grabados; y del otro, el museo propiamente dicho —inaugurado en el año 1964— separado de aquel cuerpo por un vasto patio, que va a perderse entre los pinos, poblado por un centenar de bronce —alargadas figuras de hombres y de mujeres de pie y caminando— del suizo Alberto Giacometti, uno de los más grandes escultores de nuestro siglo, personal e inconfundible en su atormentada indagación de lo humano.

Cinco salas del museo —las principales— están dedicadas a albergar, independientemente, obras de cinco artistas contemporáneos: del nombrado Giacometti, treinta esculturas y una serie de estupendos dibujos, además de óleos y témperas; de Braque, doce óleos y dos esculturas; de Joan Miró, también doce óleos y otros tantos de Kandinsky, fechados entre 1920 y 1942 (el maestro ruso murió en 1944) y, finalmente, trece obras de Marc Chagall, entre ellas un precioso biombo. Otras salas contienen pinturas de Léger, Pierre Bonnard, Jean Bazaine, Van Velde, Ubac; cerámicas de Braque, de Miró y una pieza única de Chagall. En el hall de entrada luce un tapiz de considerable tamaño, por André Derain, y tres cuadros de Matisse. Y en el contrafrente se exhibe una gigantesca forma en madera —*Agosti Gógora III*—, obra del español Eduardo Chillida, ganador, el año pasado, del premio Carnegie de escultura.

La concepción de Sert es un íntimo

diálogo de la arquitectura con el paisaje, una comunicación de lo próximo con lo lejano: interiores, cielo, tierra, árboles se unen en rara armonía. Formas, colores y texturas —piedra, ladrillo, cemento y cristal— concurren por acuerdos y contrastes. El museo en sí —cortado por patios interiores, espacios verdes y espejos de aguas que duplican levemente los ligeros volúmenes de la construcción— no tiene ventanas: la luz natural ha sido sabiamente utilizada penetrando en las salas desde las semibóvedas abiertas en el techo. Los colores de las paredes son neutros y el piso de cerámica, de un tono rojizo bajo, en baldosas de líneas rectas o curvas. Al igual que el problema de la luz, se han contemplado —de pareja importancia en un museo— el de la humedad ambiente y el de la temperatura, mantenidas constantes en 45 por ciento y 17 grados centígrados, respectivamente, en gran parte gracias al doble muro de ladrillos de arena cocidos a fuego de leña y separados por un vacío o cámara de aire de igual espesor.

El proyecto de la fundación tomó cuerpo, podríamos decir, a partir y alrededor de la restauración —en recuerdo del pequeño Bernardo Maeght— de la capilla San Bernardo, que se ve a la entrada, adornada con un vitral de Georges Braque y otro de Raoul Ubac. Y del mismo lado cierra la perspectiva, corriendo entre los pinos, sobre un largo y bajo muro en ángulo, de 47 metros de extensión, un enorme mosaico de René Tal Coat, cuyas brillantes y multicolores teselas refulgían al sol. Un laberíntico camino de circunvalación, confiado al ingenio endiablado y poético de Miró, que lo ornó con monumentales cerámicas —entre otras y en medio de una piscina, un "Huevo" que parece salido de una descomunal galera de prestidigitador— contornea y limita la fundación toda.

* *

El rugido de las motocicletas policia-
les que se aproximan abriendo paso, nos
anuncian que las estrellas y los astros del
cine que serán huéspedes de Aimé
Maeght están por llegar. Y que nosotros
debemos, discretamente, dar por termi-

nada la visita a la Fundación. El medio-
día se enciende de un oro vivo; la brisa,
suave y tibia, nos llega cargada de per-
fumes indefinibles. Nuestro automóvil
corre raudo, carretera abajo, en busca del
mar azul, rumbo a Niza,